

Redacción y Administración de este diario:
Calle de Isaac Peral, 46 primero
Teléfono, 1661
No se devuelven los originales, aunque estos no
hayan sido publicados

Justicia

Diario de la mañana, órgano del Partido Republicano Radical Socialista

Año 2 Núm. 40
CARTAGENA,
Sábado 16 de Enero de 1932

UNA FRASE

Ayer, en la sesión municipal, un concejal radical socialista al hablar del señor Zafra, discípulo, amigo y camarada del procesado Torres, le llamó upetista; le llamó upetista, y un entrañable amigo y colaborador en todo del Alcalde fugitivo, hizo un gesto de extrañeza...

¿Por qué?—preguntamos nosotros. La frase fué justa, justísima. La verdad, por amarga que sea, de ser decirse, y la verdad es ésta: El señor Zafra ha procedido, desde que ocupara el sillón, como un alumno aventajadísimo del hombre del sucio negocio de CISA, el hoy procesado Torres.

La frase fué justa, acertada: pero opinamos que pudo aplicarse a algún otro exsocialista, y quizá, quizá, que a ninguno con más razón que al señor que se extrañara. No se comulga en determinada ideología política por el solo hecho de decirlo; hay que sentirlo y obrar siempre en línea recta, de acuerdo con su contenido.

El señor Zafra, ¿ha obrado como socialista? ¿Ha obrado su com pinche y amigo?

Una de las raíces del socialismo y que a nosotros, lo decimos sinceramente, nos parece bien, es la de fensa de la clase trabajadora y esos señores, como algunos otros de la minoría que pomposamente faltando a la verdad se denominan socialista, lo que han hecho ha si

do comerciar, negociar con las miserias del obrero. Hablarnos todos los días del hambre de los trabajadores, coaccionar con ella, y luego... luego no hacer nada por él aunque en provecho propio se hayan hecho muchas, muchas cosas.

Táctica, procedimientos políticos iguales a los del upetismo. Además, el propio señor Alcalde a quien tan agradecidos estamos nosotros, y ayer hacíamos pública nuestra gratitud, por haber nos dejado en las arcas municipales la fabulosa cantidad de cuarenta pesetas, lo ha confesado en alguna ocasión.

—Soy upetista; si me queréis así, me tomáis.

Hecha esa profesión de fé política en las doctrinas del procesado Torres, nada más justo, nada más acertado que llamar upetista a quien la hiciera, y, por su manera de actuar, también es justo llamarle su discípulo aventajado.

Los radicales socialistas somos tan devotos de la justicia que nos gusta hacerla en todo momento. Esa frase: upetista, aplicada al Alcalde fugitivo, es un alarde de sentimiento justiciero.

¡Upetista, upetista! ¿Qué se le va a llamar al hombre de los libramientos a un tal Martínez Tapia de los negocios con CISA? Eso: Upetista.

PROSAS BELLAS...

Andaba yo, de mañana, por la pedregosa carretera, cuando, espada en mano, llegó en su carroza el rey. "¡Me vengo!", gritó. Me tomó el rey de la mano y me dijo: "Soy poderoso y puedo comprarte". Pero de nada le sirvió su poderío, y se volvió sin mí en su carroza:

Las casas tenían cerradas sus puertas en el sol del mediodía, y yo erraba por el sendero torcido, cuando un viejo me salió al paso con un saco de oro. Dudó un punto, y luego me dijo: "Soy rico y puedo comprarte". Una a una, ponderó sus monedas, pero yo le volví la espalda, y me fui.

Era de noche y el seto del jardín estaba en flor. Una doncella gentil se apareció y me dijo: "Te compro con mi sonrisa". Pero su sonreír se desvaneció, palideciendo en sus lágrimas, y desapareció sola, otra vez, en la sombra.

Relucía el sol en la playa y los olas del mar rompían caprichosamente. Sentado en una roca, mirando un niño con las conchas. Al pasar yo, levantó la cabeza, y, como si me conociera, me dijo: "Nada tengo; puedo comprarte por nada." Desde que, en un juego de niños, hice este trato, soy un hombre libre.

Esos corresponsales

La Comisión célebre que, según informaba la nota oficiosa del señor Zafra, fué a Madrid a visitar al Ministro de Marina, para interesarle trabajo a las factorías navales, pecó de hiperbólica al contar al público el resultado de su entrevista.

Pero los corresponsales literarios de los periódicos de Madrid en Cartagena, por lo menos en su mayor parte, fueron más allá en el ímpetu de su entusiasmo. El ministro había gestionado la construcción de 50 barcos mercantes para el Gobierno de los Soviets, cuyos barcos saldrían de los astilleros de Cartagena.

Naturalmente que el Ministro se ha visto obligado a desmentir la noticia, con el consiguiente daño para ciertas ilusiones legítimas y para la seriedad de tales corresponsales.

Cuando JUSTICIA publicó un magistral artículo del Ministro de Marina, señor Giral, los corresponsales de los diarios de Madrid no se molestaron en recoger ninguna impresión de él, por parecerles que la noticia del señor Zafra, ocurre lo que ha sucedido.

Que el Ministro, queridos corresponsales, ha tenido que salir por los fueros de la verdad.

¡Hasta el amor!

Yo aproveché aquel momento para indagar sobre su predilección. Habíanle pretendido de amores, en poco tiempo, varios individuos de condición distinta. Unos, eran los bradores más o menos ricos; otros, eran empleados, mejor o peor remunerados; otros, en fin, eran solo hombres relativamente cultos, y éstos más bien pobres, o al menos, faltos de los recursos para llevar una vida, si no desahogada, exenta de privaciones de orden importante.

Ella joven, rezagante, hermosa más que guapa, me comprendió al momento, y, sin tapujos de ningún genero, me contestó claramente.

"Yo me decidiré, como tonta que soy, por aquel que tenga más dinero". Y, como buena manchega que era, que es tanto como decir materialista sin tasa, y aventajada discípula del reiranero, (casi siempre egoísta), ensartó uno tras otro varios refranes, filosofía excelsa de aquella tierra. Toda aquella sarta de consejas venían a ser a modo de basamento del amor por dinero, y dentro detenerlo, donde éste fuera más abundante.

Yo quise, malhumorado al escuchar su decisión, convencerla de que la vida no es solo atesorar el oro ni apalcar la plata. Yo me consideré obligado por nuestro parentesco, a exponerle lo que, más que nada, contribuía a la felicidad en el matrimonio. Yo quise contestar. Sin duda alguna, conocedora que era de mi pensar y sentir, adivinó en mí cuanto me proponía decirle. No, no quiso hacerme el honor de escuchar mis palabras; y, una vez dichas las suyas se tapó los oídos, al empezar mis peroratas, y se marchó.

Yo quedé sumido en un mar de dolor y de amarguras. Yo sentí, en aquel momento revolverseme las hiéles; no sé que me dió más,

si asco o lástima: las dos cosas sí sentí. Y me pudrí por dentro, por que no encontraba en quien vaciar mi disgusto.

Me di un paseo, para, sólo, separado de los demás—que eran otros tantos defensores de la egoísta filosofía de mi pariente—contarme a mí mismo las razones de mi pena.

El campo me brindaba en la vasta llanura un inacabable, un sin fin de razonamientos que yo, al principio no comprendía. Los mismos razonamientos que me brindaban en las calles amplias, soleadas higiénicas, las cómodas y anchurosas casas de los potentados, y en las callejas sucias, malolientes, las casucas pobres y raquíticas.

Allí, en aquellos campos, y en aquellas calles de ricos y pobres, de holgura y miseria, estaba el por qué elocuente que daba de un modo lógico y, a la vez sencillo, la razón a la muchacha que, a sus años, propios para el amor, si el amor es posible ante la vida que amenaza, estaba dispuesta a unir para siempre su vida con el que más dinero tuviese.

Sí, tenía razón. Por querer ser libre, por no temer a la vida, por ser ella soberana, allí donde sólo se es soberano o esclavo, ella estaba dispuesta a esclavizarse su amor, a no dejarle manifestarse, y a unir se, no al amor, si no a una bolsa bien repleta, que en los pueblos, tal como llevan su vida, es preciso.

Y es que hasta el amor es algo del orden económico. Y es que, como con dinero, se compra tanto, y es la piedra angular de la independencia, es lógico, por desgracia, que así sientan. ¡Hasta del amor son dueños los que tienen! ¿Qué obra más intensa se necesita para independizarlo!

Enrique GALLEGÓ

Las construcciones navales

En defensa del proletariado de Cartagena

Habiéndose informado erróneamente a los obreros navales de la factoría de S. E. de C. N., que iban a cerrarse los talleres por falta de trabajo, toda vez que no se incluían en los presupuestos Generales de Estado las consignaciones para la fabricación de buques, motivó tal alarma, que fué recogida por la prensa local, dándose por sus destacadas plumas tal rumor, a los republicanos ilustres que rigen los destinos de la Nación.

Primero, los comisionados obreros de los distintos arsenales de la Nación, pudieron oír de labios del Ministro de Marina, doctor Giral, no promesas y halagos al estilo de los viejos procedimientos, sino la sinceridad y la verdad al ser servicio del pueblo; y hoy toda España por sus declaraciones, la verdad desnuda al servicio de las necesidades de la Patria.

Las declaraciones sensacionales del ya popular Ministro de Marina, doctor Giral, han tenido el mismo eco en el pueblo, que las que ayer diera el ilustre Presidente del Gobierno, señor Azáña, han sido el complemento de una labor constructiva, sobre lo caído, sobre lo putrefacto, estado en el que también en Cartagena la Hacienda, la Caja Nacional.

"Nuestro programa de nuevas construcciones navales "de guerra" es el más destinado porque a ello nos obliga nuestra posición internacional, genuinamente pacifista y exclusivamente defensiva, y la precaria situación de la Hacienda Pública".

"Yo no veo solución posible a este grave problema, más que en la Marina Mercante Mercante". El caso de Carta

gena no es único, otros pueblos claman también y con razón".

"Y si mi voluntad logra que en Cartagena no falte trabajo yo sentiré la más íntima satisfacción del deber cumplido".

Estas son las terminantes declaraciones del ilustre y popular Ministro de Marina, doctor Giral; acoge fraternalmente a la comisión obrera, y no les ofrece la Luna, ni imposibles soluciones a un problema nacional, por el estado de la Hacienda Pública. Reconoce el problema, y apunta las soluciones que podrá tener, pero sin salirse de los límites de la realidad, de verdad y de la justicia, normas personales, por cuyo cauce navega el popular Ministro de la Marina Española. Proletarios navales. ¿Podéis dudar de las palabras de tan ilustre hombre público, el doctor Giral; el ciudadano ilustre, el republicano virtuoso, que pone su fé, su ardor su valor, en aras de conseguir una España grande, que no viendo colonias como las tuvo nuestra querida Patria, que no viendo dominios no se limita a ser un simple y vulgar imperio, sino un Pueblo pacífico, no que armamentos que aspiren a cuesiones bélicas, que sienten su corazón herido, por las torturas que salen de España al extranjero, por una mala administración de nuestros bienes naturales, que no puede ver imposible por el contrario, que nuestros productos sean transportados a otros países con barcos que no lleven nuestra bandera?

Observad la actitud, la sinceridad, el doctor Giral, que no deja de recoger el problema, y lejos de empeñar a la Nación, nos dice la verdad desnuda, y por su empeño, su intelecto a su resolución, para con ello servir vuestros inte

CONFESIONES

PARA "PLEBERIO"

Lo adivino a usted, mi buen amigo, tras las cortinas del seudónimo. Me parece que lo oigo, con el gusto de siempre, conforme ahora leo sus cuartillas en "El Porvenir". Sus cuartillas, bien escritas, serenas y meditadas, delatan su palabra clara, sencilla y justa, culta y amable, a los que le escuchamos muchos anocheceres junto a la mesa del café.

Pero esta vez, "Pleberio" amigo, usted comete la paradoja de engañarse diciendo la verdad.

"Donde quiera que vi una agrupación inspirada por un sentimiento de justicia y renovación—escriba usted, Pleberio—allí acudí, saliendo de madrugada de todas. Mi alma ha sido barco que a todas las playas se ha aproximado y de todas volvió a alejarse."

Estaba usted engañado, mi dilecto amigo. Lo que a usted acontecía es lo que ocurre a todo aquel, que es bueno, y se asoma jubilosamente a todas partes, creyendo que va a encontrar siempre el reflejo de espíritus gemelos. Y tropieza con todo lo contrario. Con almas distintas, de pureza mutilada. Con las cuales, choca.

Y eso, y nada más que eso, es todo.

Pero es que usted, debe saber que en política, pasa en arte, pasa en literatura, pasa hasta en lo más prosaico de la vida. Y, el hombre, lo que ha de saber, por lo menos lo que ha de procurar saber, a lo largo de su sendero, es eso: vivir en todo, convivir con todos, relacionarse con todos, y salir imaculado siempre. Sacar la máxima en señanza de ello, y aprovecharla en beneficio de los demás.

No es que la política, a cuyas playas usted cuenta que ha acudido muchas veces, con la ansiedad

del viajero inquieto, sea semillero de falacias, ni escollo en que naufraga la sinceridad, sino que son los hombres, la mayoría de los hombres, los que pretenden crearle una atmósfera irrespirable y sucia.

Pero ese problema es general. Y sin embargo, no huimor en otros aspectos de concurrir a él, para estudiarlo, meditarlo y resolverlo. Lo que se precisa es indudablemente eso: que el hombre honrado sea ciertamente el que acuda a la lucha, para vencer e irradiar al indeseado, al que intenta medrar con egoísmo.

Dice usted, con calor, que, a través de sus andanzas, no le queda otra devoción que el arte. Y, sin embargo, amigo mío, si también no fuera una ciencia en ocasiones, ¿qué es la política sino un arte maravilloso de relación entre nuestros semejantes y de gobierno de los pueblos?

Gustemos de nuestra profesión, y de las letras, y de las ciencias, y del arte en general. Pero, después, o al mismo tiempo, contemplemos un cuadro maravilloso, que nuestra imaginación forja con los latidos de nuestro corazón. Una humanidad que trabaja bajo el signo de la paz y que vive bajo un cielo sonoro, que nos enseñe a vivir, más humana, si en sus tonalidades ha bilamos puesto cada uno la colaboración de nuestro humilde pincel.

Querido Pleberio: Que hay algo superior a todo. Que es el arte de la política. Acudamos todos a aprenderlo, pero no con el interés superficial del turista que pasa lianamente por esa playa, sino con la vocación del que va a aprender de veras, con ahínco, con bondad, con el alma barrida de impurezas y abierta siempre a la esperanza.

Antonio ROS

PARA "UN CARTAGENERO"

El único Licenciado en Farmacia que ha dejado de escribir en "República" para hacerlo en "La Tierra", en uso de libérrima voluntad y demostrando con ello que ambos sitios, como aquí en JUSTICIA, se reciben con agrado sus artículos, ha sido el firmante de este escrito.

Por esta razón me doy por aludido en el "eructo" que ayer lanzó "Un cartagenero" (¡embustero!) desde ese inmundicia literaria (!!) que se debe llamar "El Organillo de la U. P. local", vergüenza de a prensa local y ofensa

reses, pero al mismo tiempo, no descuida el también sagrado interés de la Patria, el interés Nacional; para lograr no ya el afianzamiento de nuestro crédito, sino el engrandecimiento y robustecimiento de lo español y de la España productora.

Agustín MERCK

La minoría radical socialista

Madrid, 1 m.

La minoría radical-socialista celebró una reunión, ocupándose extensamente de política provincial, acordando intensificar la propaganda del ideario por todas las provincias.

Entre los reunidos reinó gran entusiasmo.

Riña por cuestiones políticas

Burgos, 12 n.

El gobernador volvió de Los Balbales, en cuyo pueblo se hallaban los años excitados, a causa de una riña por rencillas de unos individuos afiliados a la Casa del Pueblo y otros, capitaneados por el antiguo cacique de la localidad.

Resultó herido el médico don Luis María Torca Domínguez, su cuñado Aurelio Pérez Chamorro y los obreros Teófilo Rico y otro que se halla en grave estado.

El Juzgado ordenó la detención de Ricardo Peña Castilla, de 16 años, y de Jesús Ramos Peña, de 47.

TELÉFONO DE "JUSTICIA", 1661